

La cultura y los medios de comunicación

Dr. ARMANDO ROA

La cultura se da en general en grandes comarcas y resulta de la coincidencia espontánea en el modo de pensar, sentir y querer de los que allí viven. Seguramente las conversaciones al anochecer, el comentario en torno al éxito de los trabajos, la invención de útiles y sus ventajas, el viajar a lugares vecinos, el recibir huéspedes, han sido los medios naturales de propagación y crecimiento de una cultura; tal vez el límite de la comunicación estaba allí donde empezaba otro tipo de existencia; así los pueblos cazadores tenían poco de vida en común con los pescadores, sus experiencias no eran idénticas, sus sobresaltos y quebrantos provenían de fuentes distintas, y de este modo debe haber existido poco interés en el intercambio de saberes.

Hoy ocurre lo contrario; las experiencias del hambre, de la guerra, de la esclavización, del exterminio, son universales y se las supone provenientes de causas comunes capaces de afectar a cualquiera, como lo son el poder de la ciencia, de la tecnología, del consumismo, de la ausencia de ética en quienes a través de esos poderes gobiernan el mundo; por eso hay interés en los acontecimientos. El modo clásico de informarse de lo ocurrido en otras partes, después de la era de los viajeros, de las cartas, de los relatos, ha sido el periódico. El periódico no sólo informa, pretende formar una mentalidad o una corriente de opinión y por lo tanto se adhiere, a lo menos en teoría, a ciertos valores; lo importante es que expresa lo sucedido por escrito, dándole de inmediato verosimilitud absoluta, lo cual no sucede con la radio, la televisión o el testigo directo, que pueden exagerar o minimizar los hechos, o dar lugar a malos entendidos, sin que quepa rectificarlos como en el diario, en el cual la noticia puede leerse varias veces; además la palabra hablada pareciera permitir afirmaciones livianas; lo escrito, al quedar testificado para siempre, está obligado a

cuidar de la certeza de la información. El diario es más variado, y al mostrar las noticias en su conjunto, deja libertad para hacerse una idea propia de la importancia de cuanto ocurre; eligiendo la persona lo de su verdadero interés, no la obliga a atiborrarse de informaciones.

Se espera del periódico, junto a los sucesos del momento, un cuadro de la situación del mundo, y cierto mínimo de material cultural, serio y riguroso, que permita orientarse sobre lo sucedido en esa zona a todo nivel. Realizando a su manera la trascendencia de la lectura, del arte, de la ciencia, de la ética, de la preocupación por el bien ajeno, el periódico debería ser uno de los elementos dinámicos de nuestra cultura, pues es capaz de despertar con medios ágiles y entretenidos un interés por los problemas humanos, que no siempre logra el libro, si no hay familiaridad con él, o no se ha tenido la suerte de crecer en un ambiente especial; por lo demás, y es preciso declararlo, ignoramos de dónde viene en última instancia la vocación por la lectura, una de las claras bendiciones del hombre.

LA TELEVISION

La televisión es un problema de otro tipo; por primera vez un medio técnico independiza la imagen de algo, de la realidad ontológica de la cual debiera ser imagen, dándole así vigencia en la existencia diaria a una de las ideas que hoy mueven secretamente la historia de occidente; tal idea consiste en suponer que detrás de la imagen de una persona o cosa no hay nada, y, por lo tanto, que el cultivo de la propia imagen es lo único que cabe. La idea originada en Comte y el positivismo del siglo XIX, en el empirismo lógico de un Wittgenstein, y quizás si mucho antes en la idea de Kant, de que sólo son accesibles al conocimiento los fenómenos y no los noúmenos, lleva a la conclusión de que lo substantivo del hombre o de las cosas será perpetuamente desconocido, y que, por lo tanto, lo sensato es velar por los fenómenos, por las apariencias, por las imágenes; si bien fenómeno e imagen no son rigurosamente hablando algo idéntico, ni fue eso lo afirmado por Kant y el positivismo, ocupan territorios de una vecindad innegable. Fenómenos e imágenes serían lo único accesible al saber, y en consecuencia lo único manipulable en el sentido de hacerlo más grato, más bello, más convincente, si se trata del hombre, éste podrá ahora, sin sentimiento de culpa, aderezar su imagen hasta el infinito, conquistando con eso admiración, afecto, poder, liderazgo. Detrás de la imagen no habría otra entidad cognoscible, y en ese sentido nada allí a

nuestro alcance para satisfacer el ansia de modificarlo todo y de modificarnos a nosotros mismos, esencia de la cultura.

Por eso no es extraño ver el éxito del consumismo, no tanto en el invento de artículos mejores, sino en inventarlos con imagen seductora. Tampoco debiera entonces extrañarnos que una elección presidencial en un país poderoso se decida a última hora, o por lo menos así se suponga, en acuerdo al resultado de una presencia televisiva, dependiendo de ella el próximo acontecer del mundo.

El libro folosófico más trascendente del siglo es quizás *Ser y Tiempo*, de Martín Heidegger; una serie de capítulos de la obra se destinan al grave problema de la relación entre el ser, el aparecer y el parecer de una persona o cosa; el autor tiene clara conciencia de lo fácil de perderse en los enredados vericuetos del parecer, o sea de la pura imagen hacia afuera, sin llegar jamás al lugar del ser primitivamente buscado. Lo peor es que un impulso inverso mueve al ser y a la imagen; la imagen goza mostrándose, y la naturaleza, en acuerdo a la expresión platónica, goza ocultándose.

Ahora bien, el problema metafísico de la disociación e importancia respectiva de ser e imagen, discutido desde Platón hasta Hegel, Heidegger y Wittgenstein, pretendería la televisión "resolverlo" de hecho en favor de la imagen, mostrando como argumento su propio éxito, ya que ella, la televisión, es pura imagen.

A nosotros nos parece dudosa la disociación moderna entre ser e imagen, en virtud de la cual todo intento de conocer lo verdadero quedaría en cierto modo detenido en la imagen; pensamos más bien que la imagen viste al ser, le pone un traje, pero no lo esconde; como todo traje muestra y no muestra simultáneamente a lo vestido, pero por lo mismo incita a conocerlo en la esencia de su verdad. Si al revés, la imagen no es vestido sino recubrimiento, la incognoscibilidad de lo recubierto postulada desde Kant, legitima cuanto se haga por manipular la imagen, pues es entonces lo único a la mano.

Ausente una realidad de fondo, que fuese aquello a lo que apunta la imagen, sólo cabe para quienes así lo creen, mejorar las imágenes mismas, trasmutándolas hasta el infinito en un intento de recrearlas si es posible desde la nada, como es el afán del hombre, a quien le gustaría, como a Dios, crear *ex-nihilo*; en eso de asemejarse a Dios creador reside la dinámica originaria de las culturas. En todo caso, en el tomar la imagen como apariencia al estilo platónico o kantiano, o tomarla como vestido, estaría uno de los problemas filosóficos de la televisión, teniendo claro que mientras se vea en dicha imagen sólo recubrimiento de algo incógnito, y en el

recubrimiento lo válido por ser lo accesible, será difícil esquivar o dirigir en buen sentido su notorio poder.

Si a eso agregamos que el mundo en una época de automatización se aleja de la cultura del trabajo para entrar por primera vez en la del ocio, se comprende que con mayor razón habrá de precipitarse en la búsqueda de sucesos fascinantes capaces de entretenér salvándolo del tédio; los bancos de imágenes, de los cuales se hablaba hace poco, adelantándose a esa época, ya se notan ingenuamente insuficientes, y habrá que apelar más bien a lo imaginario, y no a las imágenes, pero esto es ya otro problema. Sin duda, una cultura del ocio —nombre absurdo si se cree en la existencia del ser—, dirigida por sendas justas, debiera reconducir al hombre a cosas a la espera en su espíritu y para ocuparse de las cuales todo tiempo disponible, será siempre poco; ello exige intuir, a lo menos, que el esplendor de las imágenes es apenas un vago destello del magno esplendor del ser.

Sin embargo, el problema de la referencia imagen-ser ha pasado desapercibido en los estudios sobre televisión, y los investigadores han discutido sobre efectos psicológicos, sociológicos, antropológicos, en sí muy importantes, pero dejando atrás esa disimulada demostración técnica, de que el ser no existe, demostración probada en el hecho de que el hombre es capaz de enajenar hasta su destino si se le fascina con puras apariencias: el maquillaje, la sonrisa, el gesto, la postura corporal y hasta con la cara de felicidad de quien se envenena aspirando humo o bebiendo alcohol en una atmósfera sensual y fantasiosa.

La ciencia ha estudiado los efectos de la televisión y merecen señalarse de inmediato. Como se sabe, se le atribuyen desde las pesadillas de los niños, hasta la incomunicación de la familia, la violencia, las fármaco-dependencias, el desgano para leer y la pérdida del humanismo; pocos han estudiado, sin embargo, si ello es a causa de ver televisión, o bien, al revés, si el pasárselo pegado al aparato es mera consecuencia, por ejemplo, del vacío íntimo y de la soledad de la familia actual. Si la televisión fuese la causa, ella más que el consumismo, el nihilismo y el ansia de placer, estaría conduciendo a un agotamiento de la alegría de vivir y a la pérdida de lo humano. Ante tan grave posibilidad cabe reflexionar sobre algunos de estos males.

Empecemos por las pesadillas en los niños; ciertamente las tienen después de las películas de terror, pero idénticas a las suscitadas antes y ahora escuchando relatos o cuentos de ese tipo. En otra época casi todos las sufrimos también, pese a lo cual apetecíamos con avidez tales narraciones, de igual manera que ahora los niños corren a verlas al televisor. El hecho de que a riesgo de pesadillas se las prefiera, así como el adulto

busca satisfacción en el riesgo del deporte, de la aventura de la ruleta o del naípe, cosas que también angustian, debiera hacer pensar en la posibilidad de que la angustia sea un ingrediente tan fundamental de la existencia, que, repitiendo palabras de Kierkegaard, al mismo tiempo se la ame y se la huya, pero no sea justo obligar a prescindir de ella. Por lo demás, si no hay daño psíquico previo, no hemos visto lo nefasto de tales pesadillas, y en cuanto a los niños sujetos a inestabilidades de carácter, antes de pensar en el televisor, deberíamos averiguar la preocupación de sus padres por llegar temprano a la casa, por conversar con ellos, por darles real amor.

De cuando en cuando se publican suicidios o crímenes realizados según modelos televisivos; son raros y por eso constituyen noticia; en general los delitos comunes¹ se siguen ejecutando en acuerdo a modelos típicos de la delincuencia y cambian según los medios técnicos posibles de usar; su aumento, tomando en cuenta la aglomeración en las grandes ciudades, las condiciones difíciles de vida, la pobreza, la competitividad, el obscurecimiento general de la ética, ha tenido el grave incremento que esas condiciones harían esperar, pero es un exceso atribuir tal aumento exclusivamente a la televisión, dándole el rango de medio privilegiado, cosa que, por el carácter artificioso de algunos experimentos, no ha logrado probarse.

En Estados Unidos, Inglaterra y otros países, se han realizado, sin embargo, experimentos con grupos control, que mostrarían lo contrario. En tales experiencias exponen a uno de esos grupos a escenas televisivas de violencia y al otro a escenas neutras durante un tiempo similar, mostrando en seguida los primeros, conductas agresivas francas en un número significativo de casos, en cambio los otros, no. En casi todos los experimentos se ha sometido previamente a los individuos de ambos grupos a situaciones irritantes antes de llevarlos a la pantalla; además, se les coloca en lugares y condiciones bastante alejadas de aquellas en que habitualmente se ve televisión, en otro medio ecológico, como se diría ahora, todo lo cual hace vulnerables las conclusiones. En los trabajos revisados por nosotros tampoco se especifica cuál era la personalidad previa de los individuos que estallaron en escenas violentas; si eran por ejemplo, explosivos, epileptoides, o esquizoides, en cuyo caso, exaltados por el aislamiento, era casi lógico el resultado; en cuanto a algunos grupos control, si se les hacía

¹ La violencia política, raptos, secuestros, asesinatos, no es aludida aquí y tiene orígenes diversos. Respecto al incremento de la delincuencia en las calles de New York, Roma, Bogotá, no hay acuerdo sobre su origen, salvo las causas más generales: pobreza, drogas, alcohol, citadas siempre.

observar antes escenas pastoriles, era también natural su apacible estado posterior. Autores cuya investigación se ha realizado en situaciones más parecidas a las naturales, y sin irritación previa de los sujetos, no han obtenido conclusiones idénticas; allí la televisión casi no influye; por lo tanto, tales experiencias y los múltiples orígenes de incremento de la delincuencia en el último decenio, dan razones para dudar de que la televisión sea el agente decisivo del incremento de la agresividad en personas desprovistas de taras psicopáticas.

La mayoría de los investigadores extranjeros concluye al respecto:

- a) Los laboratorios no son representativos de la ecología en que la gente vive;
- b) El comportamiento agresivo en la vida diaria no tiene correspondencia con el de la televisión;
- c) Debe aplicarse la Teoría del Funcionalismo Probabilístico de Brunswick, o sea, la diferencia entre posibilidad y probabilidad de que un comportamiento se exprese; el estudio de laboratorio elimina factores del ambiente natural en que habitualmente se ve televisión y frenadores de la violencia, lo no ocurrido en cambio en el ambiente artificial del laboratorio, y
- d) En la televisión no hay espacio temporal entre acto y consecuencia, como en la vida real, lo que deja tiempo en la vida real siquiera a una reflexión mínima sobre las consecuencias de una conducta precipitada, lo cual evita la respuesta inmediata violenta.

El privilegiar lo televisivo como agente de agresividad desvía la atención de otros factores que parecieran tanto o más importantes: la carencia afectiva, la incomunicación, la mala educación, la falta de inteligencia para entretener el ocio. Por lo demás, el ver reflejados en la pantalla esos mismos problemas, tampoco los agrava; inducirán más bien al individuo en muchas ocasiones a no estimarse víctima única de la mala suerte, sino, caso particular de una circunstancia más generalizada, y por lo tanto, el único remedio es resolver los propios problemas desde sí. Lo dicho aconseja la cautela antes de acusar de todo a la televisión, pues es dudoso que un solo medio sea el originante de fenómenos como la violencia, dados desde el principio del mundo y que ya arreciaban antes, en una humanidad sacudida por dos grandes guerras, insegura frente a su destino inmediato, trabajada a fondo por las ideologías, el nihilismo, la falta de fe religiosa.

La incomunicación es otro asunto grave; en verdad, cuando lo adorado es el dinero, quienes lo poseen y los desposeídos carecen de universos espirituales y la conversación se reduce o a cosas materiales rentables, o "al

comadreo'', o a la vana curiosidad. Siendo el alma sensible sólo para lo adorado, la interioridad de otros no atrae al no ser susceptible de negociación. Venga de donde viniere, el hecho es que el problema de la incomunicación abre el siglo XX; es el eje del teatro del absurdo, de las obras de Kafka y Joyce, de la filosofía de Heidegger y Sartre, y quizá si del arte abstracto y de la falta de preocupación por crear un ambiente íntimo, distinto al de la naturaleza, propio de la arquitectura actual, que llega ya a lo insólito de la arreligiosidad en la arquitectura religiosa.

Si no hubiese televisión, como ocurría antes, la gente en vez de quedarse silenciosa frente al aparato, se desparramaría fuera de la casa desgastándose en la taberna, en el club, en la vida social, en viajes inútiles, pero dudosamente se entregaría a los suyos, para lo cual tiene que tener algo que dar, y ese algo no surge de un alma desértica por falta de devoción a la lectura, a la reflexión, a la contemplación, a las cosas sencillas, a la vida simple. En este sentido, la televisión a lo menos congrega a la gente, retiene a veces al marido y a los niños y en ciertos medios sociales les evita compañías sórdidas, en la cantina o en la pandilla del barrio. De alguna manera, aumenta también el espacio de las habitaciones lúgubres y estrechas, y produce un cierto estado de conciencia vaporoso, al cual no entran las penosidades cotidianas, después de un día fatigoso y aproblemado. En los medios sociales altos evita el bochorno de confesarse la ausencia de interés por los problemas propios de toda mente que lleva siquiera una mínima vida interior, y en torno a cuya consideración se establecen poderosos lazos de unión de la familia.

No obstante para muchos, la televisión tiene atractivo en sí; les proporciona un espectáculo sin salir de casa, y el espectáculo mismo lo encuentran seductor, trátese de teleseries, competencias deportivas, cantantes, etc. Los noticiarios les dan la ilusión de estar al día en el acaecer del mundo y les permiten el agrado de mirar a gentes de otros medios y lugares, complaciéndose, por ejemplo, con palacios y personas elegantes, tal como ha gustado siempre agruparse frente a sitios donde se dará una fiesta a la cual asistirán figuras de ese tipo. En las escenas de crueldad se presencia el sufrimiento del otro, gozándose tal vez al tomarse conciencia de que hay padecimientos al lado de los cuales lo peor de uno es ya una felicidad; si se trata de escenas dramáticas, queda aun la satisfacción ética de que aquello puede ocurrir en la vida, pero afortunadamente por ahora no les ha sucedido ni a los protagonistas ni a uno, pues es ficción. Lo de agradarse con el dolor ajeno, de lo cual habló La Rochefoucauld, debe sacudir a estratos muy profundos, pues a lo largo de la historia, aun gente refinada, pagaba con anticipación sitios de preferencia a fin de asistir

a los horrorosos suplicios de los condenados, después de los cuales se entregaban o prolongadas orgías.

El gusto por el espectáculo, por lo llamativo a la mirada, persiste siempre en el hombre, trátese de una obra teatral, de un auto desbarrancado, o de alguien que sube por una escala telescópica; es algo así como si la vista fuese autosuficiente, se contentara consigo misma y necesitase solazarse con hechos que rompan lo meramente esperado de la monotonía del acaecer diario. Si el espectáculo es a base de imágenes capaces de dar de un solo golpe lo difícil de obtener en la realidad, rodeándolo de un paisaje de trasfondo, que también es en sí espectáculo, el atractivo puede ser inusitado. El autobastarse de la vista y de los otros órganos de los sentidos, intuyendo quizás realidades sorprendentes, diversas a las de la inteligencia, es un problema filosófico y antropológico que nos propone de nuevo la televisión, y de algún modo relacionado en el caso nuestro con lo enunciado antes sobre supuestos caracteres "sensoriales" de una cultura chilena.

La televisión sería usada demasiado, según algunos, para liberarse del cuidado de los niños con lo cual se les priva de afecto; esto, en las mamás carentes de recursos en parte es cierto, aunque también antes se liberaban encargándoseles al vecino o dejándolos jugar en las calles del barrio; quizás les sea siquiera un alivio tenerlos cerca y volver a su lado a cada rato; en las clases altas se dejan los niños, no en el televisor, pero sí a cargo de empleadas o de jardines infantiles. El trabajo y la huida de la incomodidad de cuidar hijos, lleva a los padres a no compartir la vida con ellos, y a buscar los más diversos pretextos: obras sociales, matrimonios, visitas piadosas, para estar lejos de la casa y evadir la ingrata responsabilidad de educar. La ruptura de la familia nuclear contemporánea, al tratar de deshacerse de los hijos enviándolos a campamentos, a largas excursiones, a viajes al extranjero, y el salvar el sentimiento de culpa dándoles extremas gratificaciones materiales, es uno de los hechos sociológicos, antropológicos y religiosos notables del momento y quizás si el más serio para nuestro porvenir próximo.

La televisión desencadenaría imantación a la pantalla, con lo cual privaría de descanso, de posibilidad de leer, oír música, conversar, acabando por trivializar el gusto, nivelándolo por los grados más bajos. La existencia de habituación, parecida a la habituación a drogas, debe ocurrir en mentes esquizoides o enequéticas, pero lo probable es que muchas personas no logren evitarla porque en medio de la soledad es el único contacto con el mundo; los personajes de la televisión hablan como dirigiéndose directamente a ellas, dedicándoles el programa y así el espectador establece un

contacto anímico grato con sus favoritos, escogidos a gusto. Será un contacto ilusorio, esclavizador y no constructivo, pero quizás si preferible a la pura desolación.

Respecto a pérdida del agrado por la lectura, la televisión es uno de sus orígenes, aun cuando la responsabilidad plena es de los padres y de la escuela. Si los padres no leen, o leen los desechos llamados best sellers, ¿de dónde van a adquirir el hábito los niños, salvo los excepcionalmente dotados?; un eje céntrico de la educación es el ejemplo y en especial el de los padres. Respecto a la escuela, la lectura de libros amenos y fundamentales comentados paso a paso por el profesor, con la ayuda reflexiva de los alumnos, es también básico. Se ha dicho, sin embargo, que la televisión al dar buenas películas podría estimular el conocimiento de las obras en las cuales la película se basa, y así lo aseguran muchos adolescentes entrevistados por nosotros; pese a eso, lo estimamos dudoso. ¿Cuántas personas habrán leído a Chaucer, a Dostoiewski, a Cervantes, a Shakespeare, a Flaubert, por haber visto películas inspiradas en sus obras? ¿Aumenta el número de conocedores del Quijote o de los Karamazov, por esa razón? ¿Sabe por si acaso la gente que entre una película y la lectura de un libro hay una distancia infinita y que conocer lo uno no es en absoluto conocer lo otro, ya que son reinos diversos del arte, formas autónomas de acercarse a la vecindad del ser?

En cuanto a perder el gusto, lo probable es que las personas sensibles al buen gusto no lo pierdan y en cuanto a los que carecen de él, no lo empeoren; hasta quizás si en ciertos niveles lo mejore, por lo menos respecto al vestir; lo que podría afirmarse es que en todo caso la televisión carece del sentido del buen gusto, no tiene idea de su importancia trascendental para que un pueblo entre en la historia, y por lo mismo no hace nada por despertarlo. Una parte grave de tal desidia recae sobre la infancia, época en que nace el refinamiento, difícil de adquirir más tarde, y los niños ven de hecho programas de toda especie, la mayoría de los cuales son de pésima calidad artística y espiritual. Frente a una familia en crisis que busca el televisor como una manera de sacarse a los niños de encima, es un serio descuido de nuestro porvenir como nación no preocuparse por sus espectáculos, que serán educadores de la sensibilidad, y la sensibilidad es lo único que abre el gozo de lo mínimo y de lo máximo.

La televisión empobrece muy en especial el lenguaje, porque obliga al silencio y a no comentar nada, pues todos han visto lo mismo, y la imagen televisiva habitual no abre ni al verdadero ser oculto tras la apariencia mostrada, ni a la referencia a otros planos de la realidad; es algo así como si la imagen se agotara en sí misma, en vez de incitar a mayores búsquedas,

provocando una especie de inercia íntima. Al revés de una novela de Cervantes, de Balzac, de Proust, paraliza la fantasía. En un aspecto vecino, y quizás relacionado con el empobrecimiento de la fantasía, provoca un fenómeno de movilidad social simbólica, creyéndose ingenuamente, por falta de imaginación, que el usar la misma ropa o los mismos cigarrillos de los niveles sociales altos, eleva a esa categoría, convirtiéndose la gente adinerada en modelo a imitar.

La televisión atrae sobre todo en cuanto espectáculo, porque al hombre le ha gustado siempre ser testigo ocular; le encanta decir: "yo vi al Papa, yo vi a Napoleón, yo vi la demolición del puente de Cal y Canto, yo vi en París la noche en que estalló la Segunda Guerra Mundial"; si se trata de una conversación o de una fiesta, agregará: "sí, yo también estuve presente". La pantalla le da en el gusto de testimoniar toda clase de espectáculos, como si esto le otorgase calidad única, como si el Papa, Napoleón, o quien sale en la escena lo mirasen especialmente a él, o se establecieran dos jerarquías: la de quienes vieron algo de cuerpo presente y la de quienes no lo vieron. También da honor en el barrio o entre los amigos, el haber salido en la televisión. Si se trata de una entrevista, la persona se supone envidiada por todos, y todos dicen: "éste fue el que salió en la televisión". Un estudiante de 15 años de 1º Medio de nivel socioeconómico regular dice: "Es difícil salir en la tele porque uno se pone nervioso, pero es preferible eso a salir en el diario. Con la tele uno se da a conocer y 'se sienta en todo', además todo el mundo lo ve en el noticiario; si me entrevistan en la calle por algún problema, eso me da prestigio ante mis amigos, me pone por encima de ellos; yo ya salí en la televisión, y ellos a lo mejor no salen nunca". Tal respuesta es parecida a las de los demás niños y adolescentes investigados por nosotros. Es como si el ser visto por los demás, en un medio privilegiado, al despertar admiración, diera mayor reciedumbre a la imagen de sí frente a los otros. En una época automatizada, en que el trabajo del hombre pierde importancia ante la eficacia de los robots, lo cuerdo va siendo darle prestigio y encanto a la imagen propia, más que a las capacidades, de hecho ejecutadas mejor por la máquina; que la imagen propia separada de su real personalidad aparezca en la pantalla, significa que lo único valioso que nos queda puede engrandecerse por multiplicación de sí misma, por cuantificación, por presencia simultánea en miles de hogares, restituyéndonos la dignidad que como constructores de útiles hemos perdido con la computación. Nuestra edad no sería de manejo de útiles, sino fundamentalmente manipuladora de símbolos e imágenes. Cuando se ha perdido lo ontológico, lo último a defender es la imagen.

Nosotros, por razones dadas a lo largo del trabajo, no creemos que el trasfondo cultural sea dañado por la mera imitación de imágenes; el hombre ha imitado siempre; creemos en cambio, dada la afición de nuestra naturaleza al espectáculo, y más en un tiempo de hábil manejo de símbolos e imágenes, que la televisión podría ser un poderoso instrumento de sensibilización del buen gusto, de alerta frente a las apariencias, de acostumbramiento paulatino a los valores nobles; el pecado mayor frente a ella es entonces el de omisión, al no orientarla de una vez por todas a educar en la parte que a ella le toca. Pensamos cómo sería la cultura de un país si los programas fuesen de excelencia similar a los escogidos para Viernes Santo* u otras ocasiones especiales.

Uno de los problemas que pueden llevar a la disolución de occidente es el consumismo y la manipulación de símbolos, y la televisión ha sido entregada en sus manos; depende de él, vive de su comercio, negocia con la ética y propaga con deleite los vicios; dejar este poderoso medio de comunicación, una de las maravillas de la ciencia y de la técnica, en manos del consumismo, es una especie de crimen histórico, de suicidio de una cultura; si la televisión se retira de la sociedad de consumo y adquiere su legítimo rango de medio de comunicación cultural, por lo cual luchan las Universidades desde hace tiempo, es cierto que no combatirá por sí sola el nihilismo, la violencia, la disolución de la familia, o la pérdida del respeto a la vida, pero habrá dado un paso inicial trascendente en el retorno de la técnica al servicio del espíritu humano. Poco antes de morir, en una célebre entrevista a "Der Spiegel", Heidegger se estremeció al hablar del misterioso poder de la técnica y de la posibilidad próxima de perder su dirección, con el consiguiente anonadamiento del hombre. Entonces, él más bien ateo, vio en la existencia de Dios una última esperanza; dijo: "¡Sólo un dios puede salvarnos!"; nosotros diríamos: "¡Sólo Dios puede salvarnos!".

* Mientras se imprimía este trabajo, ha hecho su aparición en Santiago la Radio Beethoven, dedicada exclusivamente a lo largo del día a la transmisión de música de los grandes maestros; es sin duda uno de los acontecimientos culturales del país y un ejemplo a ser seguido en sus respectivos campos y en acuerdo a sus medios por algún canal de televisión. Iniciativas visionarias así, abren la esperanza de un posible nuevo crecimiento espiritual de la nación.